

¡Sí, he llegado!
Maltrecho, renqueante, algo sordo,
sin trabajo y casi sin familia,
pero estoy aquí,
a las puertas del tan soñado año 2000.

Desde que cumplí los trece años
hasta llegar al día de hoy, ya con sesenta,
he sido fiel casi siempre al rito de ojear un periódico
la última hora del último día del año:
un ¡Ahora! de febrero de 1932
que guardó mi padre
y yo encontré perdido en un cajón.

Siempre fue un reto para mí.
¿Cómo será el año 2000?
Reclama el diario debajo del precio -20 céntimos-.
Ese reto me ha hecho soñar
a lo largo de 47 largos años.
Era el año dorado,
la puerta del siglo XXI y del Tercer Milenio.

Aunque la Televisión se ha empañado
que todo comienza con el año 2000
ignorando -ignorante como demuestra y lo es-
que hasta el siglo XIII no se conoció en Europa el número Cero.

No sé si será importante llegar al siglo siguiente.
Seguramente no.
Muchos se han quedado en el camino
perteneciendo por completo al siglo XX.
Pero la curiosidad emocional
me incita a lanzar aunque no sea más que un pseudópodo
hasta el tercer milenio
y en él colocar un ojo para comprobar las maravillas del siglo XXI.

Tengo esperanzas
-infundadas, es verdad-
de que se note un cambio desde el principio.
De repente, por arte de magia, la humanidad
va a querer ser madura, menos manipulable, más generosa.

Ayer vi un documental sobre el siglo XX
que me heló la sangre.

Estamos tan orgullosos de él,
seguramente porque no hemos conocido otro.
A comienzos de 1901 había sobre el planeta
mil seiscientos millones de personas,
-los que hay hoy sólo en China-
Hoy lo habitamos seis mil millones.

En estos cien años lo hemos inventado casi todo
¡menos repartir nuestra solidaridad y nuestra riqueza!
Si antes la gente era pobre,
ahora la hemos hecho miserable.
Hemos creado los hormigueros de latas y tablas
que rodean las grandes ciudades del mundo, los suburbios,
y a ellos van a morir lentamente,
enviados por el hambre y la esperanza,
millones de hombres
que pierden su dignidad y hasta el nombre de humanos.

¿Podemos sentirnos orgullosos de ser ciudadanos del siglo XX?

Aún nos quedan 365 días para enmendar un poco el desastre
antes de llegar al siglo XXI y al Tercer Milenio.
Tiempo de arrepentimiento,
tiempo de penitencia,
tiempo de redención.
Se lo debemos a nuestro siglo,
al que amamos aunque nos haga vomitar.
Tememos tiempo para resarcir su nombre.
No podemos confiar en los poderes públicos,
ni en las Iglesias y religiones establecidas,
ni en los todopoderosos Bancos que dominan el planeta.
Todos ellos ya están perdidos
y no sufren con la injusticia.

Pero sigue habiendo millones de hombres y sobre todo mujeres de bien
que sufren lo indecible al ver este desastre
y sentirse aludidas en el futuro como si ellos fueran los culpables.

A estos invoco:

¡Vamos a cambiar el mundo!

Tenemos que despertar.

Aún no es tarde, tenemos todo un año
para hacernos notar.

Tenemos una voz, una Voz de momento imparable,
hasta que nos enmudezcan con sus injustas leyes los de siempre

Llamádonos ácratas o comunistas o cristianos o... lo que sea.
Tenemos Internet de momento,
ya inventaremos otro medio si nos ciegan éste.
Que lo cegarán.

No dependemos de editores de libros ni de revistas que buscan su lucro.
No estamos sentados enmudecidos en un banco frío de una iglesia
y mudos porque como somos unos ignorantes
no tenemos más que estas tres atribuciones
que estaba deseando decir en voz alta:
1º) decir que sí a todo lo que nos cuentan y obligan
porque somos eternos menores de edad.
2º) dar nuestro dinero para que nos lo puedan seguir diciendo
ayudando así a mantenerse otros muchos años, y
3º) dejándonos salvar a la fuerza porque son los únicos que ven a Dios
y por tanto los que pueden definir lo que nos conviene:
a las mujeres, ni agua (sacerdotal, eso sí),
ya lo dejó claro San Pablo.

Es evidente que **todo esto se viene abajo.**
Queremos democracia en todas las facetas humanas de la vida
y la vamos a conseguir.
Y el que no la acepte como principio
quedará desplazado del progreso que comienza,
o que estamos empeñados en que comience.

Estamos hartos de enmascarar la injusticia
bajo los nombres de derechas e izquierdas,
primer y tercer mundo,
Norte y Sur,
creyentes y ateos,
ricos y pobres.

La verdad es que sólo hay dos clases en este conflicto
que dura más de trescientos años:
solidarios e insolidarios.

Los que creen que el planeta avanzará enriqueciéndose los más listillos
y los que creemos que sólo avanzando todos a la vez
llegaremos a la meta mínima de acabar con el Hambre.

Un leopardo caza solo
y de cada cinco intentos
uno tiene éxito.
Los licaones cazan en grupo,
como los lobos;
y es difícil que pierdan una pieza.

Porque todos se ayudan unos a otros,
porque son solidarios,
porque forman una familia,
porque se necesitan.

Y nosotros que llevamos ya seis millones de años de evolución,
que nos hemos convertido en la primera fuerza del planeta,
sin uñas afiladas, ni patas ágiles, ni cuernos poderosos,
sino debido a nuestra solidaridad ancestral al cazar el mamut,
al derribar al león, al aliarnos con el fuego,
hoy hemos comenzado el largo camino de la destrucción humana
al no sentirnos familia, ni siquiera especie.

Cada uno caza (trabaja) para sí
y luchamos entre nosotros con fiereza
para quitarnos los puestos de trabajo.

Hay que *despertar* y no ver al que lucha contigo
como al enemigo que te quita tu parte de presa.
Hoy el que te dice que no se puede crear más trabajo,
el que medra a costa de los más desamparados,
de los enfermos,
de los que no han aprendido nada,
de los marcados con el dedo por ser diferentes,
esos, son los verdaderos culpables de la insolidaridad humana.

Los que te incitan a tener siempre más
y más cosas que no necesitas ni necesitarás nunca.

Los que te hablan del trabajo duro
como si el hombre viniera a este mundo sólo *a trabajar*
y no *a vivir*.

Los que te meten tal tensión en tus arterias
ofreciéndote un mundo de maravillas que puedes comprar trabajando,
y cuando vas a comprarlas después de dejar tus mejores años
en un trabajo despiadado que beneficia sólo a unos pocos
la única salida que tienen esas maltrechas arterias
es romperse en pedazos en un infarto o en una embolia
desbaratando tus sueños de descanso.

Hemos venido a vivir, a comunicarnos,
a contemplar juntos las maravillas de nuestro planeta azul.

No hemos venido a depredarlo ni a despedazarlo
para beneficio de unos empresarios sin escrúpulos,
ni vendedores de ilusiones ficticias.

Tal como vivimos hoy, **si no cambiamos pronto,**
no tenemos tiempo de vernos,

ni de tener amigos,
ni de merendar juntos,
ni de bailar ni de cantar ni de reír y contar chistes graciosos.
Hemos perdido, al menos en este primer mundo,
la alegría de vivir.
Antes la gente, cuando trabajaba,
cantaba con gran alegría
como si el canto fuera un complemento de su trabajo.
Las chicas en las terrazas
mientras limpiaban los cristales,
o arrodilladas nos enseñaban unas hermosas pantorrillas mientras fregaban el suelo,
-ingrata tarea de verdad-,
derrochaban torrentes de oro por la boca.

Hoy ganando mucho más y siendo más libres
realizan su trabajo aprisa, silenciosas, apremiadas.
El trabajo ha mejorado para todos
pero nadie se siente más feliz;
al revés,
se nota más esclavo que nunca.

¿Recuperaremos en lo que queda de siglo
la alegría de vivir?

1º/ene/2000

José María Navarro